

## **LA ESCUELA COMO INSTANCIA INTEGRADORA DEL PROCESO EDUCATIVO**

---

***Eduardo Rivas Casado<sup>1</sup>***  
UPEL

Si fuéramos a establecer los indicadores de preocupación de la sociedad o el grado de importancia atribuidos a sus servicios, por la diversidad, calidad y cantidad de estudios e investigaciones realizados para superar las deficiencias y dificultades de los mismos, podríamos afirmar sin riesgo de equivocarnos que la educación ocupa una jerarquía muy alta en los niveles de preocupación de la colectividad. En efecto, éste es en Venezuela uno de los sectores donde se ha realizado mayor cantidad de ensayos, investigaciones, diagnósticos, estudios y hasta implantación de reformas del currículum, orientadas a lograr correctivos para el mejoramiento de la calidad de nuestra educación.

Lamentablemente, el deterioro cualitativo de la misma no se ha detenido, a pesar de los esfuerzos cumplidos a través del tiempo, ni de los encomiables propósitos de cambio intentados con el fin de lograr su mejoramiento.

Por el contrario, en los momentos actuales, sus deficiencias parecen ser mayores en cantidad y en la variedad de sus manifestaciones. Así lo demuestra la toma de conciencia, existente hoy, sobre la baja calidad de la educación, evidenciada en la gran insatisfacción de la sociedad sobre el producto de la misma. El discurso en torno a este asunto se centra primordialmente en su falta de pertinencia social, cultural y económica, así como en el notorio debilitamiento de su esencia funcional y conceptual. Estas formas de reclamo demuestran, con mayor propiedad aun, lo que ha sido corroborado por muchos estudios e investigaciones que confirman, con pruebas indiscutibles, la existencia de una gran distancia entre las expectativas socioculturales de casi todos los pueblos y los resultados cada vez más precarios de dicho servicio en la satisfacción de los intereses de la sociedad.

---

<sup>1</sup> Palabras pronunciadas en el Instituto Pedagógico de Caracas (UPEL), con motivo de la presentación del libro *Cuando la universidad va a la escuela*, el 25 de octubre del 2005.

La mayor parte de tales dificultades puede prevenirse o, en el peor de los casos, es posible atenuar sus efectos, si se privilegia el destacado desempeño de la escuela, como espacio natural e instancia integradora del quehacer educativo; porque dicha institución constituye, además, un ente cuya alta injerencia en la sistematización del aprendizaje no sólo se sustenta en su importancia intrínseca, sino también en su excepcional condición de único lugar donde puede darse el mayor grado de reciprocidad complementaria, entre los diversos factores del proceso. En tal sentido, es preciso destacar en toda profesión u ocupación, por insignificante que ésta sea, la presencia de un escenario natural donde se genera, de manera sistemática y constante, un cúmulo de vivencias llamadas a alimentar y dar trascendencia a las tareas inherentes a sus funciones respectivas. En este caso se trata de un espacio muy circunstancial, donde generalmente suelen darse todas las condiciones necesarias para facilitar, a sus respectivos actores, el alcance pleno de su identidad, con la esencia misma de la profesión elegida. El lugar donde el sujeto descubre la relación más fecunda entre el perfil ideal, y la imagen con mayor cercanía al paradigma de su profesión. Cuando ésta se refiere a un médico, por ejemplo, ese escenario puede ser el hospital. Para el abogado quizás sea el tribunal. Pero en el caso del docente, no puede ser otro que su escuela y, con ella, todo cuanto configura su naturaleza institucional. Vale decir: el hogar y las demás instancias que conforman la vida de la comunidad.

Hoy, al tiempo de observar cómo se renueva un justificado optimismo por la importancia de la educación, en su carácter de servicio esencial para alcanzar los cambios deseados en las estructuras sociales, culturales y económicas de los pueblos, advertimos de igual manera una generalizada preocupación por su baja calidad. Es decir, no sólo se manifiesta el interés por el servicio deseado, sino que también se reconoce su importancia y, en consecuencia, se asume la responsabilidad de denunciar sus dificultades, así como de plantear y exigir las condiciones y cualidades que la misma debe tener.

Ya es un lugar común oír hablar de la baja calidad de la educación impartida por nuestro sistema educativo. Es tal su persistencia que podríamos considerarlas como reflejo de una inquietud de toda la sociedad. Se trata de lamentaciones, acompañadas de la inevitable atribución de responsabilidades en forma indiscriminada, a uno u otro de los diversos factores que intervienen en el proceso.

En todos los sectores de la sociedad, voceros representativos de los más diversos intereses, estratos sociales, económicos y culturales, hacen pública su inconformidad con el servicio educativo, de diferentes maneras. Atribuyen a distintos factores las consecuencias de tan gran calamidad. Entre aquellos con mayor acumulación de causales, parece ser el docente quien tiene la más alta categoría. Con respecto a él solemos escuchar, frecuentemente, críticas como las siguientes:

- Deficiente formación profesional.
- Escasa capacidad creativa y poca disposición de voluntad para aceptar los cambios.
- Falta de identificación con los programas nacionales de desarrollo.
- Distanciamiento y aparente desconocimiento de las responsabilidades que le atañen en su condición de agente formador de las futuras generaciones.
- Bajo estándar de remuneración.

En la docencia, el gremialismo profesional como tal es hoy inexistente. En su lugar impera un estilo *sui géneris* de reivindicación sindical, en el cual no hay más prioridad que el escalamiento salarial, ni objetivo de mayor interés que el de luchar por la constante discusión de los contratos de trabajo.

Así como ocurre con el docente, también son muchos los sectores cuyas voces se han hecho sentir para atribuir al currículum una alta proporción de causalidad en el deterioro cualitativo de la educación. Con base en tales reflexiones, se pueden resumir las consideraciones más frecuentes, en relación con este aspecto, en comentarios como los siguientes:

- Poca pertinencia social de los aprendizajes.
- Poca adecuación del currículum a las necesidades del país, primordialmente cuando se las considera a nivel regional o local.
- Los indicadores de calidad del producto que actualmente ofrece el sistema educativo no guardan una correspondencia razonable con la magnitud de los esfuerzos económicos e institucionales realizados

por la sociedad y el Estado, para fundamentar su aspiración de obtener, en este campo, un servicio eficaz, justo y equitativo.

- Aquellos factores llamados a interactuar provechosamente en la generación de todo aprendizaje, en nuestro caso, cada vez parecen distanciarse más entre sí.
- La mayoría de los establecimientos de nivel preescolar y básico carece de dotación didáctica adecuada, para realizar su trabajo en condiciones modestamente aceptables.

En términos generales, la escuela ha sido rebasada por los numerosos, intensos y complejos problemas que, de manera aislada, protagonizan los diversos factores participantes en el proceso de aprendizaje. Tal ha sido el predominio particular de cada uno de ellos, que hoy capitalizan, también como grupo muy representativo, todo el espectro de opiniones emitidas en actitud crítica, para denunciar inconformidad ante la baja calidad del servicio educativo que se les presta.

Debido a esta falta de coherencia interna de los factores generadores del aprendizaje, la escuela ha sufrido un progresivo debilitamiento institucional, que la hace aparecer como enclave extraño, dentro del entorno sociocultural en donde está ubicada. Para su mayor desgracia, son las universidades las que actúan ante la sociedad como sus más fuertes acusadores, porque muchas veces se comportan como si no les correspondiera, también, su cuota de responsabilidad en la actuación y funcionamiento de la escuela.

Por tanto, debemos inferir que no habrá mayores posibilidades de éxito, ni será factible esperar resultados muy prometedores, de ninguna propuesta encaminada a mejorar la naturaleza y calidad del servicio educativo, si para el alcance de este objetivo se desconoce, confunde o subestima, la importancia del rol que, en tal propósito, deben desempeñar conjuntamente la universidad y la escuela.

Con mucha frecuencia se incurre en el error de desconocer el papel que corresponde a la escuela como instancia donde mejor pueden coincidir e integrarse todas las actividades e intenciones, orientadas hacia el logro de resultados satisfactorios en cualquier acto educativo. Olvidan que no hay otra institución tan efectiva, ni de tanta importancia y representatividad como la

escuela, en virtud de su positiva y consustancial particularidad, de ente cohesionador de las distintas fuerzas, juicios, y tendencias, que suelen actuar como determinantes de las complejas formas de comportamiento del ser humano.

Desconocen u ocultan que su importancia en el desempeño de este rol no tiene competencia porque, además de su condición de ente integrador de los factores que intervienen en el proceso del aprendizaje y en la determinación de los diferentes perfiles de conducta, la escuela puede cumplir también una función decisiva en la conformación de la esencialidad del hombre, hasta hacerlo alcanzar los rasgos más significativos de su personalidad.

Esta propiedad integradora de la escuela no sólo permite la posibilidad de reunir y compatibilizar las diferencias éticas, culturales o morales, que caracterizan las distintas corrientes sociales de una determinada colectividad, sino que puede proyectar también, con intensidad cada vez más creciente, las fortalezas de la interacción recíproca de dichas cualidades, en favor de los intereses y expectativas de superación del hombre. Se trata de una condición que la universidad no puede subestimar, sino más bien tomarla como punto de apoyo para el óptimo fortalecimiento de sus compromisos con la nación.

Mediante los beneficios que proporciona su gran facultad integradora, la escuela, si llega a proponérselo, puede elevar hasta niveles impredecibles las posibilidades de éxito y la capacidad transformadora de aquellas propuestas identificadas en cualesquiera de sus iniciativas, con sólo sumar a su favor las voluntades y fortalezas de los cuantiosos e invaluables recursos institucionales, del entorno geográfico, ecológico, socioeconómico, histórico y cultural, del cual forma parte.

Es también una ventaja importante de la escuela, frente a cualquiera otra instancia del proceso educativo, aquella de constituir la más pequeña unidad operativa, con mejor y más alta representatividad, tanto en lo cuantitativo como desde el punto de vista de su naturaleza cualitativa, entre todos los agentes, elementos, factores, recursos y funciones que directa, indirecta, intrínseca o extrínsecamente, intervienen en el quehacer educativo.

Cuando se atribuye a la escuela tal cúmulo de responsabilidades, es obvio que no nos estamos refiriendo a una escuela cualquiera. Aquí la concebimos como una institución de estructura simple y sencilla, pero positivamente cohesionada con su comunidad. Dotada de maestros con mucha sensibilidad e identificados entre sí por la posesión de un satisfactorio dominio, tanto de los factores externos, como de los elementos y funciones intrínsecos del proceso de aprendizaje. Un cuerpo de docentes cuya formación y capacidad sean suficientes para el correcto manejo y conducción de opiniones, en provecho de los objetivos a ser perseguidos dentro del sector donde actúan. Con facultades para enfrentar situaciones mediante el dominio y conocimiento de los hechos implícitos en cada circunstancia. Con actitud para buscar soluciones oportunas y puntuales ante problemas imprevistos. Con disposición para encarar nuevos retos y para reaccionar decididamente, ante circunstancias exigentes. Es decir, maestros con gran disposición y capacidad para ejercer un liderazgo constructivo y con firme tendencia a una positiva elevación de su autoestima.

Dentro de este contexto, la escuela debe ser considerada como la unidad operativa más sencilla y con más completa esencialidad vivencial, entre todas las que intervienen en las diversas fases del proceso educativo. Ella es, al mismo tiempo, laboratorio, aula y taller. Analiza, vigila, resume e identifica todas aquellas instancias capaces de configurar ese gran paradigma cívico de ciudadanía, requerido para llegar a conjurar los riesgos crecientes de la actual crisis moral de nuestro tiempo. Mantiene actitud crítica cada vez que estima conveniente enfrentar dificultades y problemas, de cuya solución dependa la posibilidad de conjurar riesgos que comprometan los principios éticos de toda sociedad. Reacciona con firmeza y propiedad, cuando se le pretendan imponer condiciones, a la hora de querer discernir entre lo conveniente y lo factible; entre lo deseable y lo útil; entre lo bueno y lo mejor. Procura formar una ciudadanía eficiente, que sepa valorar el derecho de la libertad, con plena autonomía de pensamiento, y actuar sin más limitaciones que aquellas impuestas por la voluntad y la conciencia.

Si todos estos pronunciamientos no convencen sobre la importancia suprema de la escuela en cualquier proceso de transformación sociocultural, valga entonces la siguiente advertencia: si los educadores de todos los niveles perdemos el control en el ejercicio de las obligaciones profesionales propias del ámbito e incumbencia de la escuela, no faltarán mecenas que pretendan

ocupar nuestro lugar, para utilizarla como laboratorio sustituto, de su función natural como cultivadora de la tradición cultural, histórica, política y económica de la misma sociedad. Éste es un riesgo del cual no estamos exentos, mientras actuemos con indiferencia y continuemos menoscambiando el rol de la escuela dentro del sistema educativo.

Por eso tiene mucha pertinencia, y es un reclamo imperativo para los docentes de todos los niveles, pero primordialmente para aquellos del nivel primario, defender con firmeza, fe, seguridad y convicción, las fortalezas culturales, éticas y morales de la profesión que ejercen, manteniendo actitud exemplar en el respeto y preservación de aquellos principios y valores en los cuales debe sustentarse la elevación de su propia autoestima.

A tal respecto, tiene sentido hacernos las siguientes preguntas: ¿Puede la sociedad preservar la vigencia institucional de su escuela, si no cuenta con el estímulo de una universidad que la tutele y aliente; que la estimule en su relación de pertenencia y de recíproco interés en la búsqueda, fortalecimiento, conservación, proyección y transmisión del conocimiento, más allá de la esencialidad ontológica de ambas instituciones? ¿Puede la escuela trascender por sí sola, distante y hasta ignorada muchas veces por la Universidad? ¿Puede sentirse conforme con su misión pedagógica, una universidad que desconoce la naturaleza y composición humana, intelectual, psicosocial, económica y cultural de la clientela estudiantil que asiste a sus aulas? Y por último, ¿Puede obtener información útil sobre sus alumnos, una universidad cuyo desempeño está al margen de los problemas esenciales que afectan a las instituciones de los niveles educativos de donde proceden sus estudiantes?

Como respuesta apropiada para tales cuestiones, permítanme compartir con ustedes la gran complacencia que hoy sentimos con la presentación de este libro, porque ahora, con él entre las manos, el maestro podrá exhibir una firme justificación para ocupar un puesto en la universidad, sin desmedro de su obligación con la escuela. Podrá valorar cuán importante era, tanto para él, como para la propia universidad, formalizar esta alianza. No necesariamente para fortalecer la esencia axiológica de la profesión docente, sino porque nuestra escuela está urgida de mantener maestros con una conciencia de actuación que la dignifique. Que lleguen a la universidad, no para ver el pasado como antítesis o negación de su presente profesional, sino como fuente de inspiración llamada a elevar, aún más, sus expectativas

de superación. Con disposición para hacer que el fruto de sus nuevos aprendizajes, se oriente hacia la elevación y robustecimiento de los valores cultivados en las escuelas donde se formaron. Y para dejarle pruebas a la universidad de la importancia que, como instancia raíz del acervo sustancial de la cultura moderna, sigue manteniendo la escuela, como generadora inicial de todos los conocimientos.

Por eso hoy, cuando los autores de *La universidad va a la escuela* llegan a la universidad, no lo hacen en plan de aventura intelectual, ni para buscar vías de escape. Tampoco vienen por inseguridad ni por falta de convicción respecto a su profesión. Todo lo contrario. Vienen en busca de apoyo académico para superarla. Lo primero que hacen al situarse en ella, es escrutar, con visión crítica e intención constructiva, la realidad institucional de la escuela, dentro de esa compleja maraña de relaciones que mueven y sustentan al sistema educativo. Vienen interesados en saber cómo ponderar el beneficio de cada instancia del sistema, con las ventajas y desventajas existentes entre aquella escuela y esta universidad. Están intrigados por saber cuánto han traído y cuánto podrían llevar para hacer más fecundo el trayecto entre la universidad y la escuela. Pero, sobre todo, vienen para determinar cómo aumentar la cosecha de bienestar que se puede lograr para el país, en y durante el recorrido de esta distancia. Ellos tienen conciencia de la magnitud del compromiso que se empeñan en asumir. Por ese motivo, ante el riesgo de pecar de arrogantes, toman el camino de la investigación, porque saben que ésta es una vía por donde el talento y la modestia pueden andar juntos, sin crear interferencias ni fricciones. Esto es cuanto ocurre ahora entre ellos. Armados de mucha fe y firme voluntad, emprendieron la hazaña de hacer que la universidad fuera a la escuela, con la orgullosa fortaleza de los sentimientos profesionales y los valores éticos, sociales y culturales que les infundió esa escuela, donde su magisterio se prodigó en sabiduría y buenas enseñanzas; pero por encima de todo, en mucha fe en la educación.

Fortalecidos por la convicción, por la voluntad y por la gran confianza en la pertinencia del trabajo que se disponían a llevar a cabo. Apoyados en una completa formación científica y humanística, relacionada con las diversas exigencias teóricas de un proyecto de investigación importante, como aquel que se disponían a realizar, Gilberto Picón Medina, Marcela Magro Ramírez, Mary Fernández de Caraballo y Alicia Inciarte González, se propusieron llevar a cabo la histórica hazaña pedagógica de llevar la universidad a la escuela. Derribaron esa rígida barrera que por

muchos años mantuvo separados y, en no pocas ocasiones confrontados, los niveles que cierran el ciclo del proceso educativo integral, como lo son: el primario -piedra angular del sistema- con el medio y el universitario, cima y cúspide de todo proceso educativo.

Ellos revivieron aquel lejano sueño que se consagró en la Ley Orgánica de Educación de 1948, cuando en su artículo 16 se estableció que “La escuela venezolana es un sistema de correlaciones técnicas y administrativas de la enseñanza sistemática que se extiende, sin solución de continuidad, desde la educación preescolar hasta los estudios superiores”. Es decir, tomaron la ruta lógica de formación, de todo proceso que, como el educativo, está sujeto a una fundamentación psicopedagógica, donde no puede haber saltos que separen los pasos del proceso.

Para demostrar la posibilidad y conveniencia de tal armonía, empezaron por el planteamiento básico de una *Teoría Social de la Mediación*, como medida estratégica para vencer todas aquellas resistencias hipotéticas y reales, implícitas en su atrevida decisión de acercamiento. Es más, advirtieron a tiempo la necesidad de cuidar la prudencia de sus pasos, para que los mismos no fueran interpretados como una intervención, porque ellos no podían perder de vista que, ya a estas alturas del largo tiempo de acumulación de reservas y confrontaciones entre los dos extremos del sistema, la más leve precipitación podía hacerlos correr el riesgo de ver destruido el andamiaje de las previsiones tomadas, con el fin de asegurar una culminación satisfactoria de aquel largo y complejo recorrido. A tal efecto diseñaron una metodología que denominaron *Tecnología Social de Mediación (TSM)*. Ésta sería el antídoto para conjurar el peligro de la confusión de sus propósitos, con cualquier acto parecido a intervención. Estuvo tan acertadamente estructurada su hipótesis teórica, y sus pasos se condujeron de modo tan preciso, que los resultados fueron emergiendo de manera progresiva, conforme a los supuestos planteados previamente.

Los autores de *La universidad va a la escuela*, en el desarrollo de su *Tecnología Social de Mediación (TSM)*, se apoyaron en una densa y calificada selección de obras y autores de los cuales, además de suficientes argumentos para sustentar la importancia de aquellos factores previamente seleccionados como elementos indispensables de análisis, trajeron también

argumentación y razones muy convincentes para resaltar la vigencia de su hipótesis. Es así como llegan a la convicción de que la escuela es un micromundo, capaz de generar no sólo muchas dificultades, sino también muy buenas soluciones para desarrollar, de manera efectiva y eficiente, un proceso de educación trascendente y sustentable, siempre y cuando sea posible identificar y vencer los previsibles inconvenientes que tales factores pueden generar. Admiten la necesidad de una actuación dinámica por parte de la escuela y sus actores, como única forma de permanecer actualizados, ante la indetenible ocurrencia de los cambios. Éstos son inevitables a medida que el conocimiento avanza y, ante tal realidad, no queda más alternativa que ahondar en el fortalecimiento de la escuela, para hacerla una actora en positivo de dicho proceso.

Nos resulta emocionante percibir el producto de la “visión compartida de carácter general” que, según la propia expresión de los autores, se traduce en “**una escuela nueva**, educacional y socialmente efectiva para contribuir a la formación del ciudadano de una sociedad abierta y plural, que aplica el conocimiento científico-técnico y se apoya en los valores de dignidad, equidad y justicia para elevar continuamente la calidad de vida de todos sus miembros”.

Según mi modesta apreciación, este único logro tiene todo el valor que pretensión alguna pueda esperar de un esfuerzo profesional cualquiera. Y hasta diría que ese sólo propósito bien puede ser la fortaleza más importante del proyecto *La universidad va a la escuela*. Pero eso no es todo, el proyecto extrema la esencia de sus mejores expectativas, con el fin de insuflarle a la escuela (entiéndase el conjunto de sus diversos componentes institucionales) la necesaria fortaleza científica para hacer sentir en los diversos estratos de la sociedad, el efecto bienhechor de su positiva función transformadora, en aquellos sectores en los cuales se manifiesta el progreso de la nación; vale decir, en el orden social, económico, cultural y político. Con tan firme aspiración, *La universidad va a la escuela* se propone demostrar que la escuela y el maestro sí pueden manejar al sector educativo con la eficiencia indispensable, como para ponerla al servicio de los intereses de la sociedad, en cualquier momento y lugar.

Disipados los prejuicios de la cercanía entre la escuela y la universidad, ahora ésta tiene el camino despejado, para saldar su deuda de

consecuencia con la escuela. No puede continuar indiferente en su torre de marfil, a la espera de que sus súbditos de los niveles preescolar, primario y medio le entreguen la esencialidad de su materia prima, definitivamente conformada en su integridad.

Todas las universidades, pero primordialmente la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL), precisamente por haber sido creada con el fin expreso de formar a los educadores requeridos para alcanzar la superación del nivel cultural del país, están obligadas a esforzarse en garantizar un desempeño eficiente de la escuela, para hacer realidad ese objetivo original.

La UPEL tiene el reto de hacer suyas las carencias institucionales, axiológicas, pedagógicas y humanas que puedan arrastrar las instancias escolares de los niveles preescolar, primario y medio, para nutrir con ellas las fortalezas de su misión y poder imprimir, así, más pertinencia a su función formativa.

A 21 años de su creación y 18 de su consolidación institucional, ya es tiempo de aprovechar esa cohesión de su estructura interna, para fortalecerla con la identidad de su misión social. Hoy, el eco de su obra sólo puede ser perceptible en términos de beneficios trascendentes para la sociedad, en aquella medida en que estreche más su vinculación institucional con la escuela. Es en tal instancia donde se puede ponderar la eficiencia del maestro, y es en éste donde se puede proyectar mejor la imagen de la universidad ante la comunidad.

Si la UPEL aspira a cumplir una función activa y trascendente, como parte de su responsabilidad en el mejoramiento de la actuación del maestro y de su escuela, debe disponerse a realizar un análisis intro y retrospectivo del camino recorrido hasta hoy, a los fines de establecer el punto exacto en donde actualmente está situada, dentro del contexto de las responsabilidades asumidas desde su creación hasta el presente. Sólo una vez satisfecha esta inquietud y debidamente evaluada su situación, le será viable comenzar sin mayores tropiezos esta nueva etapa que debe cumplir, para alcanzar de modo eficiente sus propósitos.

Cuando decida emprender tal iniciativa, los autores de LUVE ofrecen un punto de apoyo excepcional, en su modelo metodológico **Tecnología Social de Mediación**. Con la misma es posible evaluar la actuación cumplida hasta el presente y, con base en sus resultados, trazarse una misión que le permita alcanzar objetivos consensuados, entre la actualidad y el futuro del país.

Concluyo reiterando, con orgullosa complacencia, la convicción de que, con su libro *Cuando la universidad va a la escuela*, Gilberto Picón Medina, Marcela Magro Ramírez, Mary Fernández de Caraballo y Alicia Inciarte González entregan a todas nuestras universidades, pero dado el carácter de su específica misión, más particularmente a la UPEL, un instrumento de trabajo muy apropiado para la rectificación de posibles desaciertos, cuantas veces se haya podido incurrir en desviaciones de rumbo. Por estas razones, hoy me afianzo en la esperanza de ver muy cercano el momento de podernos sentir actuando con espontánea y positiva disposición, para solventar la ocurrencia de dichas desviaciones.

Cuando esto ocurra, podremos ponderar la importancia del libro que honrosamente presentamos hoy. Ese día estarán con nosotros también sus autores, para mostrarnos, con el fruto de la experiencia recogida en su constante tránsito entre la universidad y la escuela, el valioso producto de esa fecunda pasión que en ellos fue sabio magisterio, gracias a la buena conducción del quehacer educativo.